

Hoy es la festividad de la presentación de la Santísima Virgen en el Templo. Hoy nuestro corazón se une al de Nuestra Madre que, desde su Concepción Inmaculada, por la voluntad de Dios, estuvo consagrada a Él.

El gran aprendizaje para nosotros en este día es que, como hizo la Virgen, debemos prepararnos para realizar en nuestra vida los designios de Dios y que todos nuestros actos sean obras para Él. Como hijos de Dios somos templos vivos del Espíritu Santo y nuestras almas se abren a su luz. En el Templo, la Virgen se abrió al continuo amor del Padre desapegándose de lo terrenal para dar su fiat incondicional a la voluntad divina.

Hoy estamos de fiesta, porque como personas consagradas a Dios desde nuestro bautismo, hemos sido elegidos por el Padre que nos ha creado para cumplir en nuestras vidas su historia de Amor.

Que buen día para imitar a la Virgen en su humildad, en su entrega decidida al Padre, en su confianza, en su celo apostólico, en la profundidad y sencillez de su oración, en su sincero amor a Dios, en su consagración a Él, en la necesidad de desapegarme de lo material y, sobre todo, del qué dirán los demás. Imitándole a Ella me será más fácil darle a Dios ese sí que espera de mí.

¡María, Madre de Bondad y Misericordia, quiero imitarte en todo para llegar a ser un buen hijo de Dios! ¡Acógeme, Señora, en el templo espiritual, que es tu Corazón Inmaculado para impregnarme de la sabiduría de Dios y donde el corazón crece cada minuto en el amor a Dios y a los demás! ¡Sagrado Corazón de María me entrego a Ti y al Sagrado Corazón de Tu Hijo! ¡Te encomiendo también a aquellos que no conocen a Dios, cuyas almas están muertas y sus cuerpos magullados por el dolor, por aquellos que viven en la desesperanza, por los que no tienen fe, por los que están atrapados por el materialismo y el consumismo, por los que pasan por situaciones de oscuridad espiritual, por los que no tienen esperanza! ¡Entra en su corazón! ¡Y en este día, especialmente, quiero dar gracias al Señor por

mis padres que fieles a su fe me presentaron en el templo el día de mi bautismo para que, en el caminar de mi vida, cumpliera la voluntad de Dios y mi cuerpo se convierta en morada del Espíritu Santo! ¡Gracias, Padre, por este regalo que me diste! ¡Te ofrezco a mi familia! ¡Hazlos tuyos, María! ¡Protégelos siempre, Señor! ¡Te pido también por todos los consagrados y consagradas del mundo entero y, especialmente, aquellos y aquellas que están cerca de mi corazón, para que sean fieles a Dios y al mensaje del Evangelio que testimonian con su vida y su ejemplo! Amén